

Columna Mirror
3-20
Obispo William Joensen

Confianza Determinante

Este mes, el 25 de marzo es la Fiesta de la Anunciación, marcando el 25to aniversario de la publicación de la encíclica de San Juan Pablo II, *Evangelium Vitae* [EV], el “Evangelio de la Vida.” Si ya terminaron su lectura espiritual para la Cuaresma o aún no encuentran una, se las recomiendo. Creo que puede ayudarnos con nuestras preocupaciones y a no caer ante el pánico paralizante o la desesperación al lidiar con el COVID-19/coronavirus que se desarrolla a nuestro alrededor.

La verdadera amenaza que representa este virus – sin importar el nivel de mortandad que representa – ha levantado en proporción nuestro amor instintivo por la vida como algo sagrado y a la vez frágil. Dios ha compartido su propia vida con nosotros, y nos ha dado una vocación supernatural a la que solamente puede alcanzar su plena realización en la vida eterna. (EV n.2). Amamos nuestra existencia terrenal, pero “el origen divino de este espíritu de vida explica la perenne insatisfacción que acompaña al hombre durante su existencia” (EV n. 35). Como lo observa el filósofo católico Robert Spaemann, el amar a alguien significa que queremos que viva para siempre. Ante el horizonte de la eternidad, la existencia terrenal se aprecia como relativa, y no como una realidad absoluta (n. 2). Dada esta perspectiva de vida, tiene precedente nuestro sentido de responsabilidad de unos con otros y el llamado a darnos a nosotros mismo a Dios y a los demás.

El Dios de la alianza, el Dios que envía a su Hijo a sufrir y a morir por nosotros (n. 24), junto a nosotros, se nos ha dado en los unos a los otros. Nuestra vida encuentra “su significado y plenitud cuando se entrega” (n. 51). Estamos confiados los unos con los otros, dando y

recibiendo, aceptando nuestras respectivas vulnerabilidades de una forma en que refleja la mutua entrega de Dios en la Trinidad.

Los virus pueden representar serias amenazas a la comunidad humana – pero **las personas mismas nos son ni amenazas ni enemigos**, a menos que caigamos en la mentalidad de la supervivencia del más fuerte, la cual está por debajo de nuestra dignidad. Si nuestro interés propio logra eclipsar el sentido de solidaridad humana que tiene su raíz en que la vida es un don de Dios, entonces nos ponemos los unos contra los otros de una forma que ni los hogares ni la fe, y mucho menos la sociedad civil en general, pueden sobrevivir. El Adversario busca fragmentar el arca de la fe y de la confianza en Dios lo que nos lleva más allá de un torrente de ansiedad y temor provocados por esta enfermedad. La voluntad de Dios es ayudarnos a superar esta crisis para purificar y perfeccionar nuestro amor.

El Papa San Juan Pablo II no es particularmente profético al hacer hincapié en enfermedades pandémicas; él se refiere a las “tradicional plagas de pobreza, el hambre, las enfermedades endémicas, la violencia y las guerras,” y entra en detalle sobre otras más amenazas emergentes más serias y de gran escala que tienen una naturaleza más espiritual y moral (n. 2). Estas amenazas representan la “cultura de la muerte” que se opone a la “cultura de la vida” en donde el amor germina y nutre e ilumina con un mayor brillo al enfrentarse a condiciones hostiles. Respecto a la cultura de la muerte, no voy a mencionar a la “sospechosos habituales” del relativismo ético o a la “red de complicidad” de las instituciones y asociaciones internacionales que denigran a los no-nacidos, a los ancianos y a aquellos con necesidades especiales (n. 59). Uno podría añadir el dañino papel que juegan aquellos que consideran la conciencia como como un árbitro independiente entre el bien y el mal, más allá de una comunidad discerniente sobre la cual se implementan decisiones (lo que es evidente entre las

personas quienes saben que son portadoras por haber estado expuestas al del COVID-19 y se rehúsan a imponerse límites asilándose a sí mismas; ver n. 4). Y sobriamente nos concientizamos al interactuar con otras especies y con el medio ambiente, porque “ante la naturaleza visible, estamos sometidos a las leyes no sólo biológicas sino también morales, cuya transgresión no queda impune” (n. 42).

En contraste, la cultura de la vida representa la red de solidaridad espiritual que despierta nuestra libertad (cf. n. 96) de acercarnos más aún los unos con los otros como miembros de la comunidad humana. La separación física o el aislamiento no pueden erradicar ese lazo de decencia y dignidad que sostiene nuestra incesante oración por la gente que conocemos y por aquellos a quienes nunca hemos conocido, y el deseo de arriesgarnos con presencias de riesgo y sanación ante los enfermos entre nosotros (como vemos en la nobleza de innumerables profesionales de la salud quienes permanecen firmes ante los riesgos). Levantamos nuestras cabezas y cargamos el yugo del sufrimiento con Jesús y unos con los otros con la creencia de que Dios mismo puede traer significado y gloria de aquello que parece ser la más pesado: el sufrimiento y la muerte misma. El gran papa nos advierte sobre un ambiente natural que es despectivo contra la fe religiosa y que “que no ve en el sufrimiento ningún significado o valor” y que por el contrario ve al sufrimiento como la síntesis del mal (n. 15).

Tal vez una de las gracias que puede emerger de la oscuridad de esta pandemia, con toda la crisis económica que ha provocado, es que podamos nuevamente apreciar la “prioridad del ser sobre la de tener” conforme nuestros estilos de vida hayan pasado por un cambio decisivo (n. 97). El SER humano es el PERTENECER a alguien, a otros, a quienes Dios ha puesto en nuestros caminos, a veces por elección nuestra, a veces por imposición. El lujo de ir y venir cuando nos plazca, el de poder reunirnos libremente con quienquiera que deseemos, ha sido

afectado de manera – esperamos – temporal. Y aún así, cuando se nos quitan los eventos deportivos y muchos otros medios de entretenimiento y, más dolorosamente, nuestra capacidad de tener comunión con nuestro Señor en la Eucaristía, se nos ofrece la oportunidad de ser más intencionales en el estar con nuestras familias y con aquellos en nuestro círculo íntimo de vida, incluyendo aquellos a quienes frecuentemente ignoramos o a quienes damos por hecho. El simplemente vivir con alguien no es necesariamente para compartir una cultura de la vida con él o con ella, a menos que nos entreguemos verdaderamente como regalos mutuos de una manera habitual. San Juan Pablo II reconoce que “hay un heroísmo diario, que se forma de gestos de compartir, en pequeña o en grande escala, que crean una auténtica cultura de vida.” Ya sea que estos actos consistan en cuidar a aquellos que han caído enfermos o simplemente escuchando o cuidando a las personas a quienes Dios ha puesto bajo nuestra responsabilidad, activamos los recursos del Espíritu que nos vacunará en contra de la despiadada indiferencia o el maligno temor (EV nn. 86-87).

El COVID-19 ha desenmascarado más aún una constante batalla entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la cultura de la vida y la cultura de la muerte. No sabemos cómo va a desarrollarse esta pandemia, cuántas vidas va a cobrar, o si nuestras sociedades y mercados podrán regresar a lo que eran hace apenas unas cuantas semanas o meses. Lo que sabemos es que Jesús es el Señor, el Cordero de Dios, como nos recuerda el difunto pontífice, es “el amo de todos estos eventos en la historia.” Jesús libera el poder de la vida sobre la muerte, y continúa atrayéndonos como un pueblo peregrino a la abundante vida que nos promete. Por lo tanto, no tenemos miedo, sino una confianza determinante, al avanzar hacia el nuevo mundo en donde “no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap. 21:4, EV n. 105).